



E S A C H I C A, E L E C T R A

o

LA VIUDA DE DANIEL

El melodrama es un género tan respetable como cualquier otro, sólo que mucho más divertido JEAN COCTEAU.

Con esto de la psicología moderna, Electra y Oreste ya habrían encontrado justificativo para hacer lo que hicieron, aunque su madre no hubiera hecho lo que hizo. RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

...desgraciado personaje, Clitemnestra. Nadie asume su defensa, ni siquiera su explicación. Y la inflexible Electra no era mucho mejor que ella. Finalmente todo lo que quería era meterse en la cama con el padre. SIGMUND FREUD, según Woody ALLEN.

Personajes:

CORA
SANDRA
FELISA
BERTO

ACTO PRIMERO

Media mañana. Horrible living comedor o abrumadora sala de recibir de un departamento antiguo. Tal vez, una cámara negra, dentro de la cual aparecieran una mesa de comedor, que a veces oficia de escritorio, algunas sillas, un juego de sala con sus brocados un poco desgarrados y sus respaldos un poco deteriorados. Una mesita chocantemente moderna sostiene el teléfono, guías y agendas. Al fondo, un enorme aparador antiguo, con vaga reminiscencia de altar, exhibe copas, un antiguo servicio de té, viejos adornos de porcelana, de plata y de peltre, que es un material aun más funerario. En primer plano, a un costado de la escena, hay una mesita recargada de retratos, una docena o más, todos de una misma persona, unas veces sola, otras en grupo de familia, con amigos, celebratorios de acontecimientos, fotos de vacaciones. Es Daniel, en distintas actitudes y en distintos momentos de su vida, quizá de bebé, seguramente de estudiante o de soldado, de cuando hacía el servicio militar, alguna en la playa. Es como si en este lugar se hubiese erigido un pequeño templo para recordarlo.

Tendida en un diván, envuelta en un déshabillé descolorido, Felisa, una sesentona no mal parecida, de anteojos y ruleros, habla por teléfono. Sostiene el aparato sobre el hombro, porque tiene las manos ocupadas en cepillar una espectacular peluca rubia que en algún momento se probará. Las agendas están desparramadas por el suelo, lo mismo que el diario, que Felisa ha despanzurrado, como seguramente ella explicaría, “para leerlo mejor”.

FELISA: *(en el teléfono)* Ya sé que están subiendo. Desde que tengo uso de razón no hacen más que subir, pero tengo que vender. Nadie puede vivir de una jubilación “ex-

traordinaria” (remarca el adjetivo, sugiriendo mentirosamente “no soy tan vieja”, y ríe coqueteando, halagada por alguna galantería que viene del otro lado) (...) Si usted me encuentra el candidato... (...) ¡No! ¡Qué me va a molestar! Mañana voy por su oficina, me da esos pesitos, y ese café con que me amenaza desde hace tanto tiempo, y nunca concreta. Adiós. Adiós. (corta, suspira y se enfrasca en la lectura. Encuentra algo que le interesa, retoma el teléfono y marca un número) (...) ¡Hola! Es por el aviso. (...) (se enoja) ¿Qué importa en qué diario? Llamo porque lo he visto en un diario serio. (...) (escucha explicaciones y - colocada en situación de interrogada - contesta, al principio un poco insegura, afirmándose luego en frivolidad y coquetería) Viuda. Reciente (...) ...dispuesta a intentar de nuevo. (...) Una hija (...) (se enoja un poquito) ¿Qué importa la edad? Ella tiene la suya y yo la mía. (acepta excusas, y un poco orgullosa, pero señalando de paso la libertad/soledad asumida, informa con cierto buen humor) Estudia. Hace años que está en Grecia... ¿o es en Turquía?... investigando sobre esa gente de vida tan complicada, con quienes nosotros – gracias a Dios – tenemos tan poco que ver. Edipo... Esa chica, Electra... (ríe) ¿A quien se le ocurriría hoy matar al padre, o a la madre, por asuntos que, en unas pocas sesiones, cualquier psicólogo les podría solucionar? (brusco cambio de tema y de tono: ahora es auto-compasiva, casi patética) Estamos muy solas, mi cuñada y yo. Parecemos dos viudas de las de antes. Nos faltan los trapos negros y los sombreros con cola de tul. (...) (de nuevo de buen humor) No. Ella jamás hubiera dado un paso como el que **yo** he dado. (impaciente, aclara) Hablar con usted, hombre. (amargamente autocrítica) Es maestra jubilada, y se quedó soltera. Por corta y por estúpida.

En su devaneo, Felisa no advierte la entrada de Cora. Ésta tiene poco más o menos la misma edad de Felisa. Sobria, elegante, seguramente se ha levantado temprano, no habrá tenido demasiado tiempo para leer minuciosamente el diario - mucho menos para entregarse a divagaciones telefónicas - y vuelve a casa ahora, para el break del medio día. Deja la cartera y el tapado, registra el pequeño caos que Felisa ha desencadenado a su alrededor y está recogiendo del suelo diarios y revistas cuando

Felisa la ve.

FELISA: (*mintiéndole al teléfono*) Toca el timbre (...) Voy a llamar de nuevo. Gracias (...) Gracias... (*corta, avergonzadísima, disculpándose*) Este mes, voy a pagar yo la cuenta del teléfono.

CORA: (*con una doble aparente indiferencia, por lo que pregunta y por lo que explica Felisa*) ¿Sandra no se levantó?

FELISA: No. (*e informa acerca de más de lo que se le pregunta*) Anoche volvió muy tarde. (*con un tristeza pequeñita, de celos que sabe no debe demostrar*) Venís temprano porque está ella. Si estuvieras más tiempo aquí, yo no hablaría tanto por teléfono.

CORA: (*mientras ordena papeles*) ¿Por qué no venís al negocio y me ayudás?

FELISA: Anduve treinta años colgada de colectivos. Me cansé de cumplir horarios, de ver gente por obligación.

CORA: (*sin insistir*) Podríamos tener un empleado menos.

FELISA: Hoy no vino la muchacha. Por mí, no habría cocinado (*asocia, y divaga, belicosa*) Si tenés alguna comida afuera, no me llevás. A veces estoy aquí, viene gente, y ni siquiera me presentás. Hace demasiado tiempo que estoy en el mundo para que se pueda ignorárseme así. (*conteniéndose, con dolor más interior y genuino*) Cuando daba mis clases, no me sentía tan mal.

CORA: (*al aire, sin dejar su tarea*) Hay tres cosas que me propuse no llegar a ser nunca: vieja, gorda y maestra jubilada.

FELISA: (*objetiva*) Para no ser viejo, hay que morirse joven, como mi hermano. (*tras un mínimo gemido*) Te preparo un café.

Y sale trotando para la cocina. Cora sigue con sus papeles.

FELISA: (*off*) Para algo te sirvo. Tenés cocinera, ama de llaves y sparring. Se dice “sparring”, ¿no? Y hasta un payaso que a veces te hace reír. Es mejor hablar por teléfono que ir al cine. En el cine me pongo nerviosa. Parece que en el mundo no quedarán más que putas y degenerados. (*llega con un pocillo de café que deja cerca de Cora*) La otra tarde fui al cine y volví pensando que podría haber violado al acomoda-

dor. Si se quiere tener algo, no se puede ser demasiado pretenciosa. No lo sé por experiencia, pero mis compañeras casadas, decían que todos los hombres son iguales.

CORA: No. Todos los hombres no son iguales.

FELISA: *(con humor sin alegría, intentando un cinismo que se le ocurre elegante)*
Para lo que yo estoy pensando, sí. *(concede, un poco envidiosa)* Vos fuiste la mujer de mi hermano. Él era distinto. *(neurótica y confidencial)* Hoy, hasta los curas hablan de esas cosas. En nuestro tiempo, parecía algo sucio, de gente baja, de sirvientas. ¿Cómo harían para tener hijos?.

CORA: Como se hizo siempre... Pero mamá tenía razón: no es necesario estar todo el tiempo pensando en eso.

FELISA: Me gustaría vivir un romance antes de morir.

CORA: *(de buen humor)* Decíselo al señor del cuarto. Te mira con buenos ojos.

A Felisa no le gusta el señor del cuarto. Silencio. Cora trabaja.

FELISA: *(más curiosa que interesada)* Che, en el negocio ¿no pasan cosas?

CORA: *(fugazmente desconcertada)* ¿Qué cosas? Ah! No. No hay tiempo.

FELISA: *(sin maldad)* Todo el mundo dice que es una maravilla cómo te las arreglaste para seguir con el negocio cuando Daniel murió. Yo pienso que no tiene porqué ser tan difícil. Cuando se tienen lindas piernas...

CORA: *(sin alterarse, objetiva)* No las uso para hacer negocios.

Felisa, dócil, acepta esta verdad. Retira el pocillo vacío. Silencio.

FELISA: *(recuerda e informa)* Trajeron estos sobres. Vienen a tu nombre. No los abrí.

Cora los toma, los mira y los deja a un lado, sin abrir.

CORA: Son de agencias de viajes.

FELISA: *(avergonzada)* Los pedí por teléfono. Ofrecen viajes que nunca vamos a hacer. *(tras una pausa)* A veces siento pena por vos. *(Cora la mira, interrogando)* No sé para que te sacrificás tanto.

CORA: *(con cierta ironía, enumera)* Para vivir. Para mantener esta casa. Para asegurar un futuro a Sandra, si un día decide volver y seguir con el negocio.

FELISA: (*normal e informativa*) A Sandra no le interesa que aseguren su futuro. No creo que quiera volver a vivir aquí.

CORA: (*con forzada indiferencia*) ¿Te dijo algo?

FELISA: Hablamos todas estas noches, como no podíamos dormir. Sandra me pregunta cosas.

CORA: ¿Qué te pregunta Sandra?

FELISA: Cosas. De ustedes. De vos. (*insoportablemente didáctica*) Las carencias afectivas de la infancia engendran el resentimiento de los hijos.

CORA: ¿De quién aprendiste eso? ¿De tus alumnos?

FELISA: Un poco. Otro poco, escuchando a tu hija. Sé leer entrelíneas.

CORA: (*tranquila*) Yo no. Si no me dicen las cosas claramente...

FELISA: (*realmente perdida*) No puedo decirte más. (*Cora vuelve a su trabajo, pero de pronto, un poco incoherente, casi como para sí, Felisa comenta*) Yo me cuidaría de ella.

CORA: (*golpeada*) ¿Qué decís?

FELISA: (*asustada, tanto de su casi inexplicable reflexión como de la reacción de Cora*) No sé. Nada. Se me ocurrió.

CORA: (*en sus papeles, hablando sola*) Cuidarme. De mi hija. Estás loca.

FELISA: (*mansa*) Me lo han dicho, pero inofensiva. (*y pesadamente solicita*) No quiero verte sufrir.

CORA: (*como sin hacerle caso, como siguiéndole la corriente*) Sí. Ya sufrí demasiado.

Silencio. De pronto:

FELISA: (*eufórica*) ¡Feliz cumpleaños!. Te habías olvidado de que hoy es tu cumpleaños.

CORA: (*de buen humor*) ¡Ojalá pudiera!

FELISA: Te compré una pavadita. Ya vas a ver.

Y sale para el dormitorio, mientras Cora retoma su tarea.

FELISA: (*desde el dormitorio, exultante*) Y si ya estabas despierta ¿por qué no decías

nada?. Anda a saludar a tu madre.

Segundos después entrará Sandra, todavía abotagada por el sueño, pero veremos luego que esa aparente torpeza, ese estar siempre un poco como ausente, el no captar rápidamente algún concepto expresado por las otras, podría ser una falsificación, un arma para defenderse o para atacar. Deliberadamente ignora la presencia de su madre, y se desploma en uno de los sillones, donde permanece unos segundos con las piernas entreabiertas, los ojos entrecerrados, desgreñada, respirando con un jadeo exagerado, viva imagen de una grosería agresiva y desagradable. En cada gesto, en cada palabra, es exactamente la antítesis de lo que Cora habría imaginado como modelo de hija perfecta. Semidormita, en un voluntarioso empeño de continuar en el sueño del cual parece haber sido arrancada contra su voluntad. Tras un largo silencio, Cora arriesga:

CORA: ¡Hola!.

SANDRA: *(sin abrir los ojos)* ¡Hola!.

CORA: *(con fácil afecto)* ¿Dormiste bien? *(Sandra contesta con un gruñido ambiguo)* Dice Felisa que te pasás la noche dando vueltas en la cama.

SANDRA: *(sin violencia, pero con una seguridad que es casi dureza)* Ella se pasa la noche dando vueltas en la cama.

CORA: *(como para que la conversación no naufrague)* Bueno. Ella es así.

SANDRA: *(comentario anodino)* Las personas que viven juntas terminan pareciéndose.

CORA: Usa mi ropa; se hace pasar por mí en el teléfono. Me acompaña al cine, al teatro. Cuando no salimos, nos quedamos hablando de viajes.

SANDRA: *(un poco sarcástica)* ¡Ah! Hablan de viajes.

CORA: *(con una tristeza chiquita)* ... y ella dice que nunca vamos a viajar.

Felisa entra con un desayuno en una bandeja que coloca delante de la muchacha.

SANDRA: Ni te sueñes verme comer todo eso.

FELISA: Estás muy flacucha. El otro día, en el aeropuerto, casi no te reconocemos.

Sandra un poco infantil, imita a la tía, ofreciéndole una galletita que la tía rechaza.

FELISA: Si una no se cuida, todo se te pone aquí (*caderas*) o aquí (*vientre*).

CORA: Si te quedás por un tiempo, podés aprovechar para reponerte. Se te ve flaca y cansada.

SANDRA: Nunca fui gorda.

CORA: Pero estás cansada. El domingo te vi...

SANDRA: ¿Cómo querías verme el domingo? Después de veinte horas de vuelo.

CORA: Si, claro. (*Y vuelve a sus papeles*)

Sandra mastica, desganada, la galletita que Felisa le ha obligado a tomar.

FELISA: (*a Cora*) ¿Te fijaste? ¡Cómo se parece a Daniel! (*ante el silencio, insiste*)
¡Cora! ¿Te fijaste como se está pareciendo a Daniel?

CORA: (*en su trabajo, sin mirarlas*) No lo había notado.

FELISA: (*contenta, estudiando a la muchacha que, apática, toma café*) Si te fijás bien, te das cuenta de cómo se le parece.

SANDRA: (*como desde un sueño*) La otra noche me lo dijeron.

FELISA: (*a quien el comentario toma de sorpresa*) ¿Qué?

SANDRA: (*fácil, absolutamente natural*) Eso. Que me parezco a papá.

CORA: (*sin dar importancia a la anécdota*) ¿Quién te lo dijo? ¿Dónde?

FELISA: (*irrefrenablemente novelera*) ¿En el avión? ¿Encontraste a alguien que conocía a tu papá? ¡Que casualidad!

SANDRA: (*fácil, incolora, quizás con una sombrita de ironía*) No fue en el avión, y no fue por casualidad

CORA: (*indiferente*) Yo no te veo parecida a tu padre.

SANDRA: (*un poco burlona*) Si vos lo decís. (*silencio, y otra idea*) ¿Te acordás siempre de él?

CORA: (*sin mirarlas, con voz blanca*) Sí.

SANDRA: Claro. Con todas esas fotos delante.

FELISA: (*tímidamente orgullosa*) La mayoría eran mías. Las otras, las encontramos después de morir él, en un cajón de su escritorio.

SANDRA: (*casi jugando, pero un poco amenazante*) ¿Le revisaron los cajones? (*y*

más directamente a Cora) ¿No tenían miedo de encontrar algo comprometedor? ¿Cartas?.

CORA: ¿Cartas? ¿Qué clase de cartas?.

SANDRA: Cartas de amor. (*Madre e hija se miran. Sandra es la primera en bajar la mirada*) No hay que bromear con esas cosas.

Silencio.

FELISA: (*a Sandra*) ¿Vas a volver a la cama? Voy a terminar de ordenar. (*y cuando va a salir, a Sandra*) ¿No decís a tu madre “feliz cumpleaños”? (*y entrega a la muchacha una cajita que saca del bolsillo, y miente generosamente*) Aquí está lo que compraste. Esos aritos que te conté le gustaban tanto. Toma. Dáselos.

Sandra obedece. Toma la cajita, y la entrega a Cora con un desgano que las otras prefieren ignorar.

SANDRA: (*autómata*) Feliz cumpleaños.

CORA: (*un poco conmovida, acepta la ficción*) ¡Te acordaste!.

SANDRA: (*dura, mecánica*) ¡Cómo no iba a acordarme!.

Felisa se va.

CORA: (*sin reprochar*) Como no dijiste nada.

Cora intenta un fugaz contacto físico - arreglar el pelo, rozar la mejilla de la muchacha - que Sandra impide con un gesto mínimo pero tajante. Silencio.

SANDRA: (*reflexiona, sombría*) A veces, me decía que no tendría que haberme ido. (*el sujeto podría ser “yo”; también, “alguien”*).

Silencio.

CORA: (*exteriorizando una angustia siempre presente, siempre reprimida y oculta*) ¿Por qué te fuiste.? Tanto tiempo...

SANDRA: Nadie me pidió que me quedara.

CORA: (*en tímida defensa*) Tu padre dijo que no había que frustrarte.

SANDRA: (*entre una falsa inocencia y una ácida crítica*) ¿Tendría miedo de que me pasara algo que le había pasado a él?

CORA: (*cerrándose*) No sé. Se puede estar toda una vida junto a una persona sin llegar a conocerla del todo.

SANDRA: (*reclama, niña caprichosa*) Yo siempre pensé que para poder hacer feliz a una persona, lo primero es conocerla.

CORA: (*muy dolorida, refiriéndose casi seguramente a dos personas*) ...o quererla mucho, si se deja querer.

Breve silencio.

SANDRA: (*concede*) Vos quisiste mucho a papá.

CORA: (*la pregunta/afirmación de Sandra no admite otra respuesta*) Sí.

SANDRA: Claro... El hombre y la mujer son diferentes. Por eso, casi todos los matrimonios fracasan.

CORA: (*tranquila*) Si todo el mundo pensara así, nadie se casaría.

SANDRA: La abuela decía que cuando una mujer ha sido feliz en su matrimonio, no vuelve a casarse (*un poco sarcástica, ante la no respuesta a su casi pregunta*) Con una vez, se les agota la capacidad de soñar.

CORA: (*inocente*) A veces, tu padre me contaba lo que había soñado. Disparates, como son casi siempre los sueños. Yo me inventaba alguno, para que él no pensara que el único capaz de soñar era él.

SANDRA: (*casi simpática*) Te habrá costado.

CORA: Siempre hay que hacer algún esfuerzo para vivir con alguien. Aceptar algunas cosas, renunciar a otras....

Felisa pasa por el fondo de la escena, llevando ropa al lavadero.-

FELISA: (*sin detenerse, de buen humor*) ¿Renunciaste a muchas cosas para vivir conmigo?

Cora dibuja un gesto pequeñito, como para significar mínimas renunciaciones.

SANDRA: (*sin agredir*) ¿Renunciaste a muchas cosas para vivir con papá? (*y sin dar mucho tiempo para que Cora conteste, como en otro tema*) Papá decía que en todos los juegos, vos eras las que daba las cartas.

CORA: (*desconcertada o herida*) ¿Papá decía eso?

SANDRA: *(parecería que cita, canturreando un siniestro cantito admonitorio)* Mamá es fuerte. Mamá siempre se sale con la suya. ¿Fue él quien no quiso que lo acompañaras cuando fue a visitarme? Yo no podía entender que hubieras preferido quedarte entre esos bronce oxidados y esas escupideras rotas. Podríamos haber pasado unos hermosos días en París.

CORA: *(en un murmullo, conmovida y tierna)* Con vos.

SANDRA: *(corrigiéndola suavemente)* Conmigo y con papá. Para ustedes, podría haber sido un segundo viaje de novios.

CORA: *(casi entregada, a la magia de este absurdo proyecto ya imposible)* Podría haber sido un segundo viaje de novios.

SANDRA: *(traviesa, un poco infantil, didáctica)*... Aunque hubieras tenido que aguantar una compañía fastidiosa, que hubiera violado tu intimidad... *(Cora se queda mirándola, un poco tensa. Sandra lo advierte, y ríe, tranquilizadora)* ¡Yo! ¿En qué pensaste? *(Ambas rien. Silencio)* ¿Él sabía que estaba enfermo cuando se fue?

CORA: Sí, sabía, pero... No era nada grave. Se asustó. Pensaba que iba ser siempre joven.

SANDRA: *(seca, inapelable)* Papá era joven.

CORA: El médico dijo que podía vivir años. Que no había motivo para inquietarse.

SANDRA: *(serena)* La primera tarde, en un café, me dijo: “empieza a quedarme poco tiempo”.

CORA: ¡Que tontería! Ni siquiera murió de su enfermedad.

SANDRA: Pero fue como si adivinara. Aquella tarde me contó muchas cosas. Algunas, yo ya las sabía. *(como para no cargar a Cora con inútiles remordimientos, o como prueba de su más íntima relación con el hombre)* No tenían mucho que ver con vos.

CORA: *(casi como para sí)* Yo tendría que haber ido con él.

SANDRA: *(terminante)* No. Él era feliz en ese momento. Feliz.

Silencio.

CORA: ¿No comés más?

SANDRA: No.

CORA: Comés tan poquito ¿Querés que tomemos un café?

La idea es “Dejáme compartir un café con vos”, y Sandra lo entiende

SANDRA: Bueno. Un café.

Y la idea es “nada más que un café”. Cora retira el desayuno, va a la cocina, y Sandra mira los retratos. En algún lugar, alguien - quizás la misma Sandra - ha dejado un chaleco o una manta que la chica toma para envolverse, como si tuviera frío. Así la encuentra Cora cuando vuelve de la cocina con los cafés.

CORA: Tomá. Está calentito. (Sandra toma el café, y Cora la mira con ternura)
Cuando eras chiquita, cuántas veces te dije “¿por qué no te levantás, y desayunamos juntas?” Te quedabas pegada a las sábanas, hasta que papá te sacaba, medio dormida, casi en brazos, para llevarte a la escuela. Por eso, digo yo, te criaste tan consentida.

SANDRA: (coqueteando, aniñada) No sé que quiere decir “consentida”.

CORA: Mimada. Sobreprotegida.

SANDRA: Y a vos, ¿no te sobreprotegían?

CORA: (con escepticismo bien humorado) ¿Quién?

SANDRA: Tu papá. Danny.

CORA: Mi papá murió cuando yo era muy chica, y tu papá...

Cora podría seguir hablando, pero Felisa emerge del dormitorio.

FELISA: ¿Están tomando café? ¿No hay para mí?

CORA: En la cocina.

Y Felisa sigue su camino, arrastrando elementos de limpieza hacia la cocina.

SANDRA: (cuando han quedado solas) Ella también me consiente.

Silencio.

CORA: (afirma más que pregunta; intenta proteger más que recriminar) Anoche viste muy tarde.

SANDRA: No. No muy tarde.

CORA: (maternalísima) No tendrías que salir de noche. Hay robos, secuestros, violaciones...

SANDRA: *(un poquito irónica)* ¿Sólo pasan de noche?

CORA: Pasan a cualquier hora. Pero de noche es peor.

FELISA: *(que ha entrado un segundo antes, se zambulle en la conversación)* Me dijo el vigilante jovencito que está de custodia en el banco, que cada noche roban más de cien autos. *(triunfalmente masoquista)* Estamos mucho peor que antes.

CORA: Anoche te esperé hasta que me venció el sueño. Cuando me desperté y vi que habías vuelto, por fin pude dormir tranquila.

SANDRA: Y todos estos años, cuando no me tenías cerca, ¿los pasaste sin dormir?
Silencio.

FELISA: *(tímidamente)* A tu mamá le gustaría que te quedaras. Para siempre.
Sandra mira a Cora, como interrogando.

SANDRA: Habrás pensado mucho en mí cuando yo no estaba.

CORA: *(serena)* Por supuesto.

SANDRA: *(como un tierno reproche)* No harías otra cosa más que pensar en mí.

CORA: *(cayendo inconscientemente en el recíproco juego de coqueteo y arrumacos)*
También pensaba en otras cosas.

SANDRA: En papá.

CORA: *(desconcertada, ante una vuelta de tuerca que no esperaba)* También. Un poco.

SANDRA: *(decepcionada o severa)* ¿Nada más que un poco?

CORA: Cuando se tiene a una persona cerca, no se está pensando en ella todo el día.

SANDRA: *(dulce e implacable)* Y cuando se murió? Entonces, ya no lo tenías cerca.
Se oye una musiquita que sólo Sandra parece oír. Una luz diferente ilumina un pequeño sector de la escena donde está Berto, quizás fumando o con un vaso de whisky en la mano. Sólo Sandra lo ve.

BERTO: ¡Hola!

Sandra lo mira y no contesta. La presencia del hombre no modifica sino imperceptiblemente la actitud de Sandra, que sigue el juego con las otras como si él no estuviera.

CORA: *(reflexiona, amarga)* Cuando hay diez mil kilómetros entre dos personas, se puede pensar que lo único que impide el diálogo es la distancia

FELISA: *(uniéndose al reclamo)* Aunque no escribías más que dos o tres veces por año, desde que estás aquí es como si estuvieras todavía más lejos.

Felisa se retira a segundo plano. Sandra se comunica con Berto más con la mirada que con las palabras. De todos modos, este semidiálogo interfiere pero no interrumpe la relación entre la muchacha y su madre.

BERTO: *(frívolo)* No me acuerdo. Serías una nena.

SANDRA: *(un poco en la realidad, un poco con este fantasma, autoanalítica)* Cuando iba al jardín de infantes era una nena.

CORA: *(sentada en primer plano, un poco perdida)* “No voy a seguir estudiando”, dijiste.

BERTO: *(bien educado y simpático, pero ya un poco impaciente)* En la facultad, veo cientos de caras. Una que vino una sola vez...

CORA: *(siempre en lo suyo, tratando de entender)* ...al principio, parecía un capricho, pero... Cambiaste de carrera. Ganaste la beca. Te fuiste.

SANDRA: *(contestando a los dos a la vez)* No tenía fuerzas para seguir *(y más bajo, sólo a Berto, apasionada y rencorosa)* Pero volvimos a vernos. Hace apenas cuatro años...

BERTO: *(un poco divertido y un poco harto)* Cuatro años. Como si fueran cuatro siglos.

SANDRA: *(como ayudándolo a recordar)* Mi papá me llevaba todas las mañanas a la escuela.

BERTO: *(no muy interesado)* ¿Quién es tu papá?.

SANDRA: *(cínica y trágica)* Mi papá ya no es. Se murió.

Berto esboza un gesto de prescindencia, de disculpa, de impotencia. La luz que subrayaba su presencia se apaga, pero él permanece unos segundos antes de retirarse, siempre observado (¿vigilado?) por Sandra, que no se vuelve hacia las otras hasta que el hombre no desaparece.

Silencio.

SANDRA: *(todavía un poco sonámbula, como disculpándose)* Ustedes habrán pensado que yo iba a venir enseguida cuando papá murió.

FELISA: *(severa)* Sí. Lo pensamos.

CORA: *(rápida, defendiendo a SANDRA)* Ya no importa.

SANDRA: *(con un cinismo chiquito y triste)* Ustedes ya están olvidándose de él.

FELISA: *(un poco desafiándola)* Sin olvido, la vida no es posible. *(Cora la mira, parece que va a decir algo, pero calla. Felisa se enoja con los retratos.)* Algún día vamos a sacarlos. ¿Qué significan?.

SANDRA: *(bajito)* Tal vez que papá está todavía aquí, presente.

FELISA: *(con cierta fabricada alegría)* Esta noche nos vamos de fiesta.

SANDRA: *(golpeada, quizás escéptica)* ¿Lo harían?. *(y con imprevista, aparente docilidad)* ¿Quieren que saquemos los retratos?

FELISA. No. ¡Que ocurrencia! Dejalos.

SANDRA: *(insiste, con una resignación trágica, que es también un reproche)* Total. Papá ya no está.

CORA: *(tranquila, y muy suavemente, también reprocha)* Hace más de un año que tu padre no está.

SANDRA: Para mí, es como si hubiera muerto hace dos días. Es como si no me hubiera dado cuenta hasta que llegué. Me falta su voz, el olor de su tabaco.

Parece que los ojos de Sandra estuviesen llenos de lágrimas pequeñas que no terminan de brotar. Silencio.

FELISA: Nosotras ya pasamos por todo eso. No querrás hacer que lo vivamos de nuevo.

CORA: *(atreviéndose, amarga)* Creí que ibas a venir para estar conmigo.

SANDRA: Vine.

CORA: *(condena sin violencia)* Te tomaste tu tiempo.

SANDRA: *(neurótica)* No llamaron para decirme “tu papá se muere”. Me llamaron para decirme “Tu papá murió. Lo enterramos esta mañana”.

FELISA: ¿Tendríamos que haberte esperado con el cajón abierto?.

Silencio. Parecería que a Sandra le gustaría contestar : “sí”.

Felisa – consoladora - acaricia a la muchacha que la deja hacer. Cora tiene la intención de hacer lo mismo, pero no se atreve a tocarla.

SANDRA: *(con cierta esforzada ternura)* Te quiero, mamá. Seguramente, vos has deseado lo mejor para mí. *(se estremece, en un escalofrío incontrolable)* Es como si estuviera en guerra conmigo misma. Como si no pudiera quedarme dentro de mi cuerpo. *(gime, las otras, asustadas, no saben como ayudar a la muchacha en crisis)* Como si tuviera la piel de mi padre sobre la mía...

Cora desplaza a Felisa, y abraza a Sandra que, tras el paroxismo, llora, agotada.

CORA: Cuando eras chiquita, tenías pesadillas. Tus abuelas decían que había que dejarte llorar, pero tu padre nunca quiso permitirlo...

SANDRA: *(saliendo de su raptó, infantil y mimosa)* Si volviera a ser chica, elegiría no tener abuelas. Nada más que papá y vos. *(suavemente se libera del abrazo de Cora, y con una sonrisita un poco perversa busca el paquetito que quedó olvidado sobre la mesa; se lo entrega a su madre, y vuelve a oírse la musiquita que acompañó la presencia de Berto)* No abriste mi regalo.

Cora abre la cajita, y mira los aros.

CORA: Son preciosos.

SANDRA: ¿No vamos a festejar tu cumpleaños?.

CORA: *(cansada pero cariñosa)* No quiero cumplir más años.

SANDRA: *(infantilmente insistente)* Vamos, ma. Como antes. Invitábamos a los parientes, a los amigos...

CORA: *(con cierto humor, sin acidez)* Llenábamos la casa de gente que venían a cambiar nuestro whisky por regalos inservibles.

Berto está muy cerca de Cora, mirándola sin verla. Ella tampoco registra esta presencia que sólo Sandra advierte.

SANDRA: Podríamos invitar a una persona que - estoy segura - te va a interesar conocer.

FELISA: *(novelando inmediatamente)* ¿Un candidato tuyo?.

SANDRA: *(simpática)* Un viejo. Más o menos de la edad de ustedes.

FELISA: Servirá por lo menos para sacudirnos un poco el polvo.

CORA: *(casi consintiendo)* Habría que ordenar un poco.

SANDRA: Sabía que ibas a decir que sí. Por eso ya lo invité.

CORA: *(coqueteando una nunca demostrada severidad)* ¿Y si yo no hubiese querido?.

SANDRA: *(con una sonrisa rara)* Pero quisiste. Libremente.

Cora suspira.

CORA: *(a Sandra)* ¿Estás contenta?

SANDRA: *(enigmática y sincera)* No sé si estoy contenta.

FELISA: Un hombre aquí!... Fuera del portero y del sodero, que vienen tan de pasada que ni siquiera parecen hombres de verdad.

Felisa sale con las tazas usadas.

SANDRA: *(por Felisa)* Con qué poco se conforma... Y vos, mamá: ¿estás contenta?

CORA: *(tras un silencio; tal vez querría ser sincera, y decir lo contrario)* Si. Estoy contenta.

Cora levanta sus papeles, y va guardándolos en un cajón del aparador. Berto se ha instalado en uno de los sillones. Sandra lo mira..

Fin del Primer Acto

ACTO SEGUNDO

El mismo día. Anochece. Cora, en déshabillé - quizás el mismo que Felisa le robó en el primer acto - se arregla las uñas. Felisa maquilladísima, grotesca, con una enorme y sofisticadísima peluca, un estrafalario caftán de colores chillones, zapatos plateados o dorados, de tacos altísimos, casi coturnos, sobre los cuales mantiene un precario equilibrio, se pasea con grandes gestos teatrales, como si estuviera entregada

a una curiosa ceremonia animista.

FELISA: *(un poco enojada y entre dientes)* Un día nos va a comer la mugre. *(intenta infructuosamente atrapar un insecto en vuelo)* ¡Polilla de mierda!.

CORA: ¿Qué estás haciendo?.

FELISA: Ahuyentando los malos espíritus. *(pasa por debajo de la nariz de Cora el sahumador donde lleva el incienso)* Esta casa huele a panteón. Sólo falta que pase algún murciélago. Dicen que se te pegan y que no hay manera de desprenderlos.

CORA: *(bromeando, sin maldad)* Como alguna gente.

FELISA: *(picada)* ¿Lo decís por mí? No soy como las Cuartango: cuando el hermano se casó, querían irse con él en el viaje de bodas, para ver cómo se portaba. *(esta casi/furia inesperada, deja lugar a un encendido lirismo)* Un hermano menor es como un juguete. El bebé que a una le gustaría llegar a tener algún día. Con su trajecito blanco de primera comunión, parecía un ángel. Un día mamá dice: “Se nos casa Daniel”, y ni siquiera te habías enterado de que tenía novia. *(advierde la mirada entre sarcástica y aburrida de Cora, y vuelve a enfurecerse)* Una vez, se enojó conmigo porque me puse a mirar unos dibujos que estaba haciendo. “No están terminados” gritó. “Es como si me estuvieras mirando cuando estoy desnudo bajo la ducha.” Después, se casó con una mujer que se le metía en el baño sin pedir permiso.

CORA: *(tranquila)* Entre marido y mujer... Si te hubieras casado, lo sabrías.

FELISA: ¿Querés decir que soy una solterona histérica? *(Cora no contesta, y Felisa divaga)* Antes, esta casa era nuestra. Cuando me muera, todo lo mío va a ser para la nena.

SANDRA: *(que ha entrado un segundo antes)* Yo no quiero nada. *(severa)* Estaban peleando.

FELISA: *(avergonzada)* Un poco.

CORA: Hablábamos de la casa.

FELISA: A tu madre no le gusta.

SANDRA: ¿Por qué no se mudan?

CORA: Como si fuera tan fácil.

FELISA: Si se le pudiera dar una mano de pintura...

CORA: El mes que viene.

FELISA: Hace meses que venís diciendo “el mes que viene”... Me pongo pesada. Debe ser porque nunca tuve un hombre con quien pelear. *(asocia, y a Sandra)* Tendrías que ir pensando en casarte.

SANDRA: *(divertida)* ¿Por qué no te casás vos? *(a Cora)* Se la pasa hinchando con que ya no soy tan joven.

CORA: A tu edad, yo ya estaba casada.

SANDRA: *(tomándolo a broma)* Eran otros tiempos.

Silencio.

FELISA: ¿Pensaste en lo que hablamos? ¿No te gustaría quedarte a vivir aquí?

SANDRA: Todavía no sé. Depende.

CORA: *(esforzándose por parecer indiferente)* ¿Depende de qué?

FELISA: *(sugiere, simpática)* ¿De cómo nos vaya esta noche?

Sandra la mira y lanza una carcajada.

SANDRA: Y vos, ¿que tenés que ver con eso?

FELISA: *(humillada)* Nada.

Y se va, casi con violencia, un poco histérica.

SANDRA: Le está haciendo falta un hombre.

Y rubrica el comentario con un ademán grosero, que molesta a Cora.

CORA: ¡Sandra!

SANDRA: Es la verdad. *(y en tono confidencial)* Y vos, ¿no tenés ninguno?

CORA: *(digna)* No. No en el sentido que vos me preguntás.

SANDRA: Si lo tuvieras... *(burlonamente permisiva: la observa, entomológica y divertida)* Hoy, nadie condena a nadie porque siga sus impulsos. ¿No es mejor así?.

CORA: Sí. Supongo que sí.

Silencio.

SANDRA: *(un poco mimosa)* Nunca me contaste cómo fue tu noviazgo con papá.

CORA: *(agradecida por esta inesperada propuesta de comunicación, elije temas y*

palabras con cierta prudencia) Bueno... Él decía que estar de novio conmigo era como estar de novio con alguna de aquellas grandes estrellas del cine de otro tiempo... Con Ingrid Bergman, con Greta Garbo *(se ríe, ante el desmesurado paralelo)* Me daba un poco de rabia. Era como decir que no éramos más que sombras, como las que se ven en el cine.

SANDRA: Y por supuesto, antes del matrimonio... ¡Nada!

CORA: Nos educaban para ser esposas, para ser madres.

SANDRA: *(con fría lógica)* ¡Ah! Quiere decir que me tuviste porque era lo que se esperaba de vos. Por obligación.

CORA: *(ligeramente horrorizada)* ¡Cómo se te ocurre...! *(pero sin darse cuenta, concede)* Cuando supe que estaba embarazada, me di cuenta de que por fin mi vida tenía un sentido.

SANDRA: Entonces... Estabas feliz cuando yo nací.

Felisa pasa por segundo plano, en alto una peluca de diferente color en cada mano, estudiando con cual de ellas reemplazará la que ahora tiene en la cabeza.

FELISA: Cuando nace un bebé, todo el mundo se alegra. Hasta los ángeles en el cielo.

SANDRA: *(sombria)* No siempre. *(otra idea)* Por suerte, no tuve hermanos. No hubiera sabido compartir con ellos el amor de ustedes.

CORA: *(con una sonrisita triste)* No tuviste que competir con nadie.

SANDRA: *(punzante)* De eso, no estoy tan segura. *(sin embargo, casi concede)* De todos modos, siempre necesité mucho de vos.

CORA: *(con vaga, dolorosa ironía, nada rencorosa)* Desde que dejé de darte el pecho, no necesitaste más de mí.

SANDRA: Cuando dejé de tomar el pecho, era muy chiquita. Me cambiaban los pañales, me bañaban. ¿Quién me llevaba a la escuela?

CORA: Tu papá. Él decía: ¿Quién reemplaza a una buena esposa?. Una buena ama de llaves. ¿Quién reemplaza a una buena madre? Un buen padre.

SANDRA: *(un poco siniestramente generosa)* Pero vos fuiste una buena esposa. Una

buena madre.

CORA: *(evoca, serena)* Algunas veces, jugábamos con tu padre a la posibilidad de divorciarnos. Cuando tu padre te preguntaba con cual de nosotros ibas a quedarte si nos separábamos, vos decías siempre: “con papá”.

SANDRA: *(apenas avergonzada, disculpando quizás también a otra persona)* Nadie es totalmente responsable de sus actos, ni de sus sentimientos. Menos aún una criatura.

CORA: *(natural)* Tu padre decía cosas así, pero en muchos sentidos, él también era como una criatura.

SANDRA: *(con falsa inocencia)* Y vos lo querías como se quiere a un hijo.

CORA: Hay diferentes clases de amor.

SANDRA: Papá me dijo eso una vez. Alguna vez, habré dicho que quería casarme con él. Todas las chicas lo dicen, pero eso no quiere decir nada. Si fuera cierto, yo tendría que estar buscando un hombre parecido a Danny.

CORA: En casa, nunca lo llamábamos así.

SANDRA: Empecé a llamarlo Danny en París *(¿otro tema?)* No es fácil ser amiga de un padre. Si le das confianza, puede pensar que lo estás autorizando a compartir con él cualquier cosa. *(está advirtiéndole a Cora para que respete las distancias, Y vuelve a ser dulce, casi seductora, cuando, sólo en apariencia, cambia de tema)* Si lo hubieras acompañado, no me habría acostumbrado a llamarlo “Danny”.

CORA: *(sin advertir el reproche que se trasluce tras las palabras de Sandra)* Yo quería tener una nena que se me pareciera. Cuando eras chiquita, usabas mis perfumes, sacabas mi bijouterie... Una noche, envuelta en mi tapado de piel, decías en tu media lengua: “Esta noche me voy al Colón”.

SANDRA: *(con voz rara)* ...porque esa noche, ustedes se iban al Colón.

CORA: *(enternecida con los recuerdos, sin advertir la demorada protesta)* No sabías caminar con tacos altos, y arruinaste mis mejores zapatos.

SANDRA: Y ¿qué hiciste?

CORA: Te mandé a la cama. Tu padre se acostó con vos para consolarte, y nos que-

damos sin ir al teatro. Estuviste mucho tiempo enojada conmigo. Si me acercaba a la puerta de tu cuarto, me echabas: “Andate. Estoy con mi papá.”

SANDRA: ¿Nunca lamentaste que yo fuera la hija de Danny? (*Cora percibe que podría haber un doble mensaje, y Sandra bromea, como para diluir la tensión que acaba de crear*) A muchas de tus amigas les hubiera encantado estar casadas con él. (*otro tema*) Vos estabas siempre triste, y yo pensaba que estabas enojada conmigo. A veces, yo me preguntaba cómo podía hacer para sacudirte. Para hacer que vieras las cosas de otra manera.

La entrada de Felisa, ataviada un tanto escandalosamente, interrumpe el peligroso crescendo de la muchacha.

FELISA: En la plaza hay un concierto gratuito. Me gustaría escuchar un poco de música.

Cora y Sandra no le prestan demasiada atención. Felisa las observa.

CORA: Voy a vestirme. (*e inicia una salida que Sandra interrumpe*)

SANDRA: ¡Mamá! Quiero que estés muy elegante. Irresistible. Como cuando papá decía que te parecías a Ingrid Bergman.

CORA: (*modesta y halagada*) Pero si ni en aquellos tiempos...

SANDRA: (*perentoria y simpática*) ¡Vamos! Andá, que en cualquier momento toca el timbre.

Cora sale. Silencio.

FELISA: ¿Que estás haciendo? ¿Que buscás?

SANDRA: (*casi sincera*) No te entiendo.

FELISA: Tampoco yo te entiendo a vos. En todo esto hay como una mala intención.

SANDRA: Contra vos, yo no tengo nada.

FELISA: ¿Contra quién entonces?.

La entrada de Cora, todavía en déshabillé, interrumpe la situación.

CORA: Voy a estrenar los aros que me regalaste.

Sandra le ayuda a ponérselos. Suena el timbre.

FELISA: (*incolora, pero inquisitiva*) Debe ser tu amigo.

SANDRA: Nunca dije que fuera mi amigo.

Cora la mira. Felisa – en la cocina - habla por el portero eléctrico.

FELISA: Le abro.

CORA: ¿Quién es él?.

SANDRA: (*simple*) Berto.

CORA: Berto es un nombre. ¿Quién es?.

SANDRA: Vas a tener tiempo de hablar con él. Voy a acompañar a Felisa al concierto.

CORA: (*anonadada*) ¿Ahora? Pero... ¿Qué hago yo con este hombre?.

SANDRA: (*obvia y prescindente*) Hablás con él. Se conocen.

Felisa pasa rumbo a la puerta, pero una orden seca la detiene.

SANDRA: Andá a vestirse como un ser normal.

Felisa la mira, desconcertada y mecánicamente reinicia su camino para recibir al visitante.

CORA: (*angustiada e irracional, en un grito ahogado*) ¡No abras!.

SANDRA y FELISA: la miran. Felisa, confundida, espera. Con un gesto imperioso, Sandra le indica que vaya a cumplir su orden. Suena otro timbre, ahora en la puerta del departamento. Felisa ya no está. Madre e hija se miran.

CORA: Ya es un poco tarde para echarse atrás. Que pase.

Cora va a su dormitorio. El timbre suena una vez más. Sandra se demora para arreglar - superficial, innecesariamente - los retratos del padre que están sobre la mesita. Cuando por fin abre la puerta, se encuentra frente a un sonriente Berto, un hombre de mediana edad, simpático, elegante, discreto.

BERTO: Hola.

SANDRA: Hola. Pasá.

Sandra se aparta para dejarlo entrar. Luego, cierra la puerta, y permanece a cierta distancia, un poco retadora. Él parece olvidarla mientras estudia el ámbito, como si quisiera precisar hasta que punto tiene la posibilidad o el derecho de instalarse aquí. Se detiene unos segundos en la mesa de los retratos, quizás medio segundo más en al-

guno en particular, y es entonces cuando:

SANDRA: *(a la vez desilusionada y un poco provocativa)* ¿No me besás?

BERTO: *(suave, pero un poco severo)* ¿Aquí?

SANDRA: La otra noche, cuando me besaste, me hiciste pensar en mi papá. *(parece un coqueteo casi incestuoso)* ¿Sabés como me besaba él?

BERTO: *(casi como para sí)* No tendría que haber venido.

SANDRA: *(burlona)* ¿Tenés miedo?

BERTO: No, pero ahora siento que esto no tiene mucho sentido.

SANDRA: Estás equivocado. *(otro tema)* Creí que no ibas a venir.

BERTO: *(de mal humor)* Si te lo prometí...

SANDRA: Pensé que podías ser más razonable que yo.

BERTO: *(distendido, bromea)* Si fuera razonable, no estaría aquí.

SANDRA: *(se ha sentado, y lo mira, sobradora)* Esta tarde, varias veces me dije: No va a tener el coraje de venir.

BERTO: *(devolviéndole el reto)* Quedamos en que vendría.

SANDRA: *(sonriente)* ¿Te molesta estar aquí?

BERTO: Todavía no.

SANDRA: *(confidencial)* ¿Sabés? Ahora también a mi me ha dado un poco de miedo.

BERTO: *(ahora es él quien domina)* ¿Querés que me vaya?.

SANDRA No. *(rehecha, con una risita)* Antes me parecías más temible. Ahora...

BERTO: Ahora, ¿qué?.

SANDRA *(tierna y despectiva)* Te veo como un gatito viejo, con las zarpas gastadas, aunque... Nunca se sabe. A lo mejor, todavía podés hacer mucho mal.

BERTO: *(herido)* Para eso me invitaste?.

SANDRA: ¿Para qué?

BERTO: Para hacer mal.

Silencio.

SANDRA: No trajiste nada. Es el cumpleaños de mamá.

BERTO: No sabía.

SANDRA: A papá no se le pasaba nunca un cumpleaños. Si ella se olvidaba del cumpleaños de papá, él le hacía un regalo y le decía: “Por el cumpleaños de tu marido”. *(Sandra va al aparador, saca una botella y vasos, y ofrece con un gesto. Él acepta, y ella sirve)*. Papá le regalaba flores a mamá. Cuando nací, no se podía entrar en la habitación del sanatorio. Tantas flores había. *(semidibujando una especie de brindis)* Siempre queda bien regalar flores. Se puede conseguir que a uno le perdonen casi cualquier cosa.

BERTO: Yo no tengo nada que hacerme perdonar...

SANDRA: *(sonriente)* Todos tenemos algo que hacernos perdonar. La primera vez que venís a esta casa. ¿O no es la primera vez?

BERTO: *(afirma, un poco enojado)* Es la primera vez. *(otro tema)* No me había imaginado que tu casa fuera así.

SANDRA: No es mi casa. Nunca viví aquí.

Silencio, entra Cora, y él se pone de pie.

CORA: Buenas noches.

BERTO: Buenas noches.

La entrada de Cora no tiene la espectacularidad que pudo hacernos temer el pedido de Sandra de que su madre se presentase como una actriz de cine. Cora está esforzadamente serena; aun no sabe si Sandra cumplirá su amenaza de dejarla a solas con este desconocido cuya presencia no tiene para ella todavía explicación.

SANDRA: Éste es Berto. Ésta es mi mamá.

Berto se inclina, porque Cora no le ha tendido la mano.

BERTO: Alberto Funes.

SANDRA: *(mientras sirve un vaso para Cora)* Podés llamarlo Berto, como él permite que lo llamen sus alumnos. *(obligando a Cora a que acepte el vaso que ésta intenta rechazar)* Por tu cumpleaños. Por el invitado. Ayuda a liberarse. *(a Berto)* Nosotros no lo necesitamos, pero ella... *(Cora prueba un sorbo que la hace estremecer, y Sandra explica)* No está acostumbrada.

CORA: *(un poco, mareada, por el alcohol y por la situación)* Lo había imaginado

más joven. *(advierde la gaffe, y se disculpa)* Perdón.

SANDRA: ¿No te dije que era un viejo?.

CORA: ¡Sandra!.

BERTO: *(en buen perdedor)* Se puede ser viejo a los veinte y joven a los sesenta..

La solidaridad o el humor ablandan a Cora:

CORA: Claro. Aunque a nadie le molestaría tener unos años menos.

Sandra vuelve a llenar los vasos, y vuelve a forzar a Cora para que tome ese segundo trago. Esta vez, la resistencia de Cora es menor.

SANDRA: *(frívola, habla de su madre como de un objeto)* Al morir papá, se hizo cargo de todo. Y aun antes. Si papá volaba demasiado, ella lo obligaba a mantener los pies en la tierra.

Cora intenta escapar.

CORA: Voy a preparar café

SANDRA: Voy yo aunque ... Total. La noche recién empieza.

Cora huye.

Silencio.

SANDRA: Cuando se enfermó mi abuela, vinieron a vivir aquí. Gracias a ella, la casa sigue en pie. Fue como un puntal, y sigue siéndolo. A la vejez.

BERTO: *(suave)* Tu madre no es vieja.

SANDRA: Decís eso porque estás más cerca de la edad de ella que de la mía.

Cora entra con los cafés

CORA: *(simpática)* ¿De qué hablaban?

SANDRA: *(seca)* De nada. *(bruscamente, grita)* ¡Felisa! *(y a Cora, impaciente)* ¿Qué está haciendo?.

CORA: *(permitiéndose una mínima ironía)* Cambiándose de ropa.

SANDRA: *(recuerda)* Ah! Quiere ir a un concierto al aire libre, y no hay más remedio que llevarla. Siempre se sale con la suya. *(Tras el falso sujeto “Felisa”, está hablando de sí misma. Vuelve Felisa, sobriamente vestida, todavía un poco exageradamente maquillada).*

SANDRA: *(casi como pregonando dos fenómenos de circo)* Éste es Berto. Esta es mi tía.

FELISA: *(coquetísima)* Encantada. ¿Nos conocemos?

BERTO: *(amable)* No. Creo que no.

FELISA: *(insiste)* ¿En casa de Catita Salaber?

BERTO: No conozco a ninguna Catita Salaber.

FELISA: ¿Usted no acostumbra ir a esas reuniones...? ¡No! Si en esos lugares se encontrara gente así, yo no estaría soltera...

BERTO: *(divertido)* ¡Ah! No se casó.

FELISA: Aquí, la única casada es mi cuñada. La viuda de de mi hermano. ¿Usted no lo conoció?

SANDRA: *(interrumpiéndola)* Vamos, tía. Se hace tarde.

FELISA: ¿Tarde para qué? *(su mínima resistencia cede ante la energía de la muchacha)* Buenos. Vamos. *(a Berto)* Si no nos vemos...

BERTO: Encantado.

Sandra y Felisa salen. Cora invita a Berto a sentarse, y ella también lo hace.

CORA: Usted pensará que ésta es una casa de locos.

BERTO: No. ¿Por qué?

CORA: Mi cuñada. Sandra. Desde chiquita, Sandra fue muy especial. Le gustaba pescar, remontar barriletes... Como un varón. Quizás por eso siempre fue tan compinche del padre.

BERTO: Los varones no siempre son compinches del padre. Nunca me llevé bien con el mío, y mis hijos...

CORA: *(inexplicablemente sorprendida)* ¿Tiene hijos?

BERTO: Sí, pero... La madre les enseñó a que me vieran como un monstruo

CORA: *(impresionada y solidaria)* No se puede hacer eso con un hijo, aunque... Es difícil, en una pareja, determinar de quién es la culpa.

BERTO: Usted también piensa que siempre tiene que haber un culpable.

Berto, sonriente pide autorización para disponer de la botella que Sandra dejó sobre

la mesa. Llena dos vasos, y ofrece uno a Cora. Al principio, ella lo rechaza blandamente, pero termina por aceptar, y bebe con él. Cora no evita una sonrisita crítica que él advierte.

BERTO: ¿En qué está pensando?.

CORA: En su mujer. *(leal, y siempre con dulzura)* Me pregunto porqué siento que usted es mi enemigo. Bueno... Hubiera preferido para mi hija un hombre libre, que no viniera de un fracaso.

BERTO: *(divertido)* Se lo dije a Sandra. Van a pensar que soy un candidato tuyo. *(serio, y deliberadamente casi grosero)* ¿Le parezco uno de esos tipos que andan babeándose detrás de mocosas que podrían ser sus hijas?

CORA: *(casi apática, prescindente)* Nunca creí en eso que llaman “amistad” entre un hombre y una mujer.

BERTO: Su hija es demasiado inteligente como para conceder un interés de esa naturaleza a un tipo como yo.

CORA: *(siempre en lo suyo)* Enamorarse es una de las tantas maneras de dejar de ser inteligente, y la mujer es siempre la que pierde. Los hombres son capaces de arriesgar todo por nada.

BERTO: La fidelidad es una virtud difícil.

CORA: Para mi no fue difícil.

BERTO: *(no le interesa la prolongada castidad de Cora, y bromea)* Para su marido, no habrá sido tan simple. Los hombres aman la aventura.

CORA: Una aventura no tiene importancia. No compromete sentimientos.

BERTO: Sin embargo, un hora vivida intensamente... *(plantea)*. Y si una situación se prolonga, por meses o por años...

CORA: Ya no sería una aventura.

Berto vuelve a llenar los vasos; ella lo deja hacer.

BERTO: Nuestros abuelos tomaban licorcitos con sus novias, en la sala, y después se iban a visitar a otras mujeres para hacer con ellas lo que hubieran tenido ganas de hacer con las otras...

CORA: (*antigua*) Siempre hubo mujeres malas.

BERTO: Nada es bueno ni malo, dicen los psicólogos. Y los curas: “No juzguemos para no ser juzgados”.

Ella asiente, y toma un gran trago Está un poco borracha.

CORA: Entonces, digamos como decía aquel gallego: “los señores se iban de putas”. (*y de inmediato, casi como para sí*) Mire las palabras que me obliga a usar.

BERTO: Las usa porque quiere.

Silencio. Ella intenta sacudir cierto clima de vaga sensualidad que insensiblemente se ha ido imponiendo. Cuando el diálogo se reinicia, el clima vuelve a ser social.

CORA: ¿Hace mucho que conoce a Sandra?.

BERTO: Tres días, o cuarenta años, yo era preceptor en la escuela donde Sandra hizo su jardín de infantes. Hace tres noches, nos reencontramos en casa de uno de mis alumnos de la facultad. Ella me propuso venir.

CORA: (*con cierto alivio, sin prestar atención al ligero cambio de tono en la última frase, con la cual él parece querer deslindar responsabilidades*) Y usted aceptó, sin hacerse rogar.

BERTO: (*con una puntita de amargura*) Cada vez me hacen menos invitaciones.

CORA: (*solidaria*) Para un hombre, la soledad deber ser más triste que para una mujer. (*hay un silencio, y como para rescatarlo de la depresión en que él parece caer*) Y, ¿cómo se reconocieron? Después de tanto tiempo...

BERTO: Ella me habló. Me dio su nombre (*Y de nuevo de buen humor*) Y de pronto, dijo: “Tendrías que conocer a mi mamá”.

CORA: (*tras brevísima pausa, coqueteando, un poco patética y afectada*) ¿Y le parece que ya me conoce?. (*y un poco inquieta, al advertir que él ejerce cierto poder sobre ella*) Tengo tanta necesidad de que alguien me conozca. (*y abandonándose a una seducción que él no se esfuerza por ejercer; débil, casi preguntando, tratando de poner distancia*) No me interprete mal. Usted sabe lo que es estar solo (*y de nuevo, casi entregada*) Creo que somos semejantes.

BERTO: No se confunda.

CORA: *(sin hacerle caso, en doloroso soliloquio)* Aunque siempre pensé que entre un hombre y una mujer no es posible la amistad. Tal vez estaba equivocada.

Cora se refugia en un sillón, en actitud casi fetal, e inicia un doliente vagido casi animal, que interrumpe de golpe. Él pone una mano sobre la frente de ella, en un gesto que tanto puede ser de consuelo como un simple intento de constatar que ella vive todavía.

CORA: *(en un suspiro)* ¡Papá! *(él retira la mano, ella solloza. Y en un intenso, contenido sufrimiento, como desde un sueño)* Papá se ha muerto. Mamá se ha muerto. Yo tendría que estar muerta también. *(abre los ojos, ha vuelto de un viaje a otro tiempo, y registra la presencia de Berto)* ¿Usted cree que la gente que tiene los pies en la tierra es menos vulnerable...? *(se levanta, se pasea, se detiene junto a la mesa de los retratos)* Dicen que cuando hay un incendio, los caballos corren a refugiarse en el establo, aunque sea allí donde se inició el fuego. Después de vivir toda una vida junto a un hombre, se sabe o se adivina todo acerca de él. Ya no se pregunta porqué se hace lo que se hace, porqué se calla, porqué se acepta... Los de afuera pueden imaginar cualquier cosa, pero... Si ni una misma...

Berto saca cigarrillos, enciende uno, y ofrece uno a Cora.

CORA: No. No fumo. Aunque...

Acepta. Cuando él enciende el cigarrillo de Cora, ella toma la mano del hombre.

BERTO: *(registra)* Está temblando.

CORA: *(un poco perdida)* Cuando una mujer está sola, los hombres siempre están pensando cosas...

BERTO: *(se burla)* ¿Los hombres?

CORA: *(divaga)* Algunas noches, sin motivo, mi madre se ponía a lloriquear. Decía que podían entrar ladrones...

BERTO: *(suave y obvio)* Con haber cerrado la puerta con llave.

Ella lo mira, y asiente, como si él le hubiera hecho una propuesta o le hubiera dado una orden. Cora va hasta la puerta, echa llave, y coloca la cadena de seguridad. Al

volverse, casi literalmente, cae en brazos del hombre que la ha seguido y está detrás de ella.

CORA: *(en un susurro)* Apague la luz.

TIEMPO. *EL enciende una luz, Cora está todavía sentada en el suelo, las piernas recogidas, pensativa. Berto, de pie, se arregla la ropa. Hay una borrosa sugestión de sometimiento y aceptación por parte de ella, que se arregla el pelo con cierta coquetería, e intenta un movimiento púdico, autodefensivo, para cubrir una desnudez más mental que física. Berto enciende otro cigarrillo.*

CORA: *(por el cigarrillo a medio fumar que él le ofrece)* No. Ya no. *(se pone de pie, y comenta más que pregunta)* Usted estará pensando: “esta señora que se tira a los brazos del primero que está dispuesto a tomarla”.

BERTO: *(muy suave)* Eso lo está pensando usted.

CORA: *(digna y desafiante)* Lo que ha pasado no significa nada. *(Usted)*... es tan libre...*(aclara o rectifica)*... los dos somos tan libres como cuando usted entró por esa puerta. *(Y reasume, un poco neurótica, su rol de dueña de casa; enciende la luz general y pregunta)* ¿Quiere otro café?

El acepta, y ella desaparece en la cocina. Berto se pasea por este ámbito que ahora le es menos ajeno. Se detiene otra vez junto a la mesa de los retratos. Los mira, toma uno, y lo observa con expresión extraña. Delicadamente, lo devuelve a su lugar, y se sienta junto a la mesita, frente a los retratos que todavía está mirando cuando vuelve Cora.

CORA: Creo que voy a quemar esas fotos.

BERTO: *(muy suave)* Yo las guardaría, para mirarlas de tanto en tanto.

CORA: Ya las he mirado demasiado. *(y como si se tratara de otro tema, aunque con un leve matiz de melancólica ternura)* Cuando él era chico éramos vecinos. Le gustaba venir a mi casa. Y todavía era un chico cuando tuvo que hacer el servicio militar. Un domingo... Mamá y mis tías querían que yo fuera al cine con ellas, pero me di

cuenta de que él estaba muy mal, y quise quedarme para hacerle compañía.

Cora calla, la mirada perdida en un pensamiento lejano.

BERTO: *(con voz neutra, como animándola a seguir)* Era un domingo...

CORA: Unos días antes, el sargento se había emborrachado, y llevó a algunos de los muchachos a tener sexo con una mujer que trabajaba para él. Daniel nunca había tenido una experiencia así. Lo encerraron, tuvo la sensación de que los espiaban. La mujer fue más piadosa que aquellos salvajes. Le dijo que a casi todos les pasa así la primera vez, y le prometió que no les dejaría saber que él se había puesto a llorar, y que – por supuesto - no la había tocado. *(con cierto orgullo)* Aquella tarde, yo lo ayudé a demostrarse que él no era diferente. *(Y en un murmullo)* Y para mí también fue la primera vez.

BERTO: Le pasa a casi todos. No había necesidad de que usted se tomara todo ese trabajo.

CORA: *(golpeada)* ¿Qué dice? Claro... Una vez que los hombres consiguen lo que quieren...

BERTO: *(ignorándola, soberbio, casi como hablando consigo mismo)* Mientras lo hacíamos, yo me preguntaba que estaría pensando usted de mí.

CORA: Usted es un enfermo.

BERTO: Mi mujer me lo decía. Pero a veces, yo me daba cuenta de que estaba orgullosa de ser mi mujer... Como usted, muchas veces, se habrá sentido orgullosa de ser la mujer de Danny... *(ella lo mira, y él se corrige)* ...de Daniel.

CORA: *(firme)* Sí.

BERTO: Como se enorgullece cuando hablan de usted diciendo: “es la viuda de Daniel”. Ahora es exclusivamente suyo. Usted es su viuda, y él es su Daniel.

Silencio. De pronto, la puerta se entreabre, trabada por la cadena que puso Cora.

FELISA: *(forcejeando detrás de la puerta)* ¡Cora! ¡Cora!

Cora se rehace y va a abrir.

FELISA: ¿Tenías miedo de que te asaltaran? *(una rápida ojeada, astuta, le hace intuir por lo menos algo de lo que ha pasado, pero opta por la discreción)* ¿Sandra no

volvió? Estábamos en la plaza, y de pronto no la vi más. La busqué como loca, pero... *(advierte que los otros metidos en sus pensamientos no la escuchan)* Con una noche tan linda, parece que todo el mundo estuviera en la calle.

Felisa se ha detenido frente a Berto, casi provocándolo.

BERTO: Ya me iba.

FELISA: *(como coqueteándole, ambigua y un poco dolorida)* ¿De que hablaron todo este tiempo?

BERTO: Cosas que ya no interesan a nadie.

FELISA: Cuando mi hermano... Cuando Cora y mi hermano se vinieron a vivir aquí, nos pasábamos horas hablando. Daniel amaba las cosas viejas. El negocio no es el mismo desde que él murió. Tenía esa fantasía desbordante que - de alguna manera - ha heredado Sandra. Es de familia. *(indirecta, inconscientemente, está excluyendo a Cora)* De chicos, éramos muy amigos. Cuando se casó se apartó de mí, pero cuando volvió a casa, volvimos a hablar. De los viejos tiempos, de su vida de casado...

CORA: *(interrumpiéndola, seca)* Son cosas tuyas y de tu hermano. Al señor no le interesa.

Felisa la mira como para contestarle, pero enseguida desiste.

FELISA: No tengo porqué imponerles mi presencia. *(parece que va a retirarse, pero súbitamente cambia de idea, y ordena, como una maestra de otro tiempo)* Usted ya se iba. Váyase.

Hay unos segundos de desconcierto; enseguida, él se despide, con mínimas palabras o un pequeño gesto que no tienen respuesta.

BERTO: Buenas noches.

Las mujeres no se mueven. Él mismo abre la puerta y sale. Silencio.

FELISA: *(insoportablemente didáctica, más que maestra)* Si te das tu lugar, no hay quien se atreva... *(tras una breve pausa)* Me dijo Sandra que era amigo de Daniel. *Silencio.*

CORA: Andá a acostarte.

FELISA: *(va a obedecer, pero se demora, solidaria)* Mi hermano era malo. Me pin-

chaba los brazos con alfileres, y se ponía a llorar para que mamá pensara que yo le había pegado y me retara. Sandra se parece mucho a él.

Cora no contesta. Guarda la botella de whisky, levanta vasos y pocillos que lleva a la cocina. Felisa sale. Cora da forma a algún almohadón, saca el portafolios que escondió en el aparador antes de que llegara el visitante, apaga la luz central, y deja sólo un velador sobre la mesa de los retratos, junto a la cual va a sentarse, pensativa. Al rato, llega Sandra.

SANDRA: Hola

CORA: *(sin mirarla)*. Hola.

SANDRA: ¿Qué estás haciendo?

CORA: Pienso.

Sandra se sienta frente a la madre, entre ambas la mesita de los retratos; se miran, pero Cora no sostiene la mirada

SANDRA: ¿No tenés nada para contarme?.

Cora esboza un gesto negativo, y Sandra se encoge de hombros. Es una competencia de silencios, hasta que por fin Cora encuentra una frase que le parece podría permitir el diálogo sin arrancar de perdedora.

CORA: Anoche gritaste.

SANDRA: Tuve una pesadilla.

CORA: *(ya sin la neurótica solicitud del primer acto)* Quise despertarte, pero Felisa no me dejó. Dijo que las pesadillas son peores si se las deja inconclusas.

SANDRA: Tiene razón. En los sueños, todo parece posible. Después, al despertar...*(calla, pensativa)*

CORA: Al despertar, ¿qué?.

SANDRA: Descubrís que podés hacer que pasen cosas que no te atrevías a soñar.

Silencio. Cora se levanta, da unos pasos indecisos, y mira furtivamente a Sandra que lo advierte, porque no aparte su mirada de Cora.

CORA: ¡Qué poco te conozco!

SANDRA: *(como Cora, casi consigo misma, sin rencor)* Sí.

El incierto vagabundeo de Cora se interrumpe junta la mesa de los retratos. Lenta, casi automáticamente, empieza a retirarlos.

SANDRA: *(con un hilito de voz)* ¿Sacás los retratos de papá?

CORA: Sí.

Cora guarda los retratos en un cajón del aparador. Todavía quedan varios sobre la mesita.

SANDRA: ¿Que te pareció Berto? En la primaria, me tenía harta regalándome caramelos y figuritas *(toma uno de los retratos, y es como si preguntara a los dos al mismo tiempo)* ¿Nunca pensaron seriamente en separarse?.

CORA: *(con una ironía triste, melancólica)* Decía tu abuela: “En los matrimonios todo tiene arreglo, mientras no hay alguien esperando a uno de los dos en el bar de la esquina.”

SANDRA: *(en un murmullo)* ¿Nunca te lo planteó?.

CORA: En una carta, desde Mar del Plata. Esa vez sentí, no que estaban esperándolo, sino que estaba, **con alguien**, en un café, frente al mar.

SANDRA: *(en un suspiro)* ¿Y qué hiciste?

CORA: Apareció a los dos o tres días, con vos. Había pasado por la escuela. No se habrá atrevido a volver solo. A la noche, cuando ya estabas dormida, me preguntó si había recibido la carta. Me la pidió. La rompió, y dijo: -No hablemos nunca más de esto. Y nunca más volvimos a hablar.

SANDRA: *(casi como justificándose)* Yo era muy chica. Llevaba y traía las cartitas que me daban, sin preguntar. Ni siquiera el día que vinieron a buscarme a la escuela, de vuelta de Mar del Plata. Cuando empecé a darme cuenta, me pareció que la culpa tenía que ser tuya, si papá era perfecto. Durante años, no pensé. Parecía que no pasaba nada. Cuando empecé la facultad, y supe que él iba a ser mi jefe de prácticas, pensé que era una historia ajena, una broma del destino, y que tenía que aceptarla. Unos meses después, una tarde, saliendo de clase, vi que papá pasaba a buscarlo con el auto. Después de tanto tiempo... Fue demasiado.

CORA: *(en un murmullo)* Vos sabías.

SANDRA: *(con histeria contenida, sigue con su historia)* Cambié de carrera. Gané la beca. Pensé que estando lejos, no iba a ser tan difícil. Cuando papá me escribió, anunciando que iría a visitarme, me alegré. Habré pensado que vos irías con él.

CORA: *(vaga)* Tu abuela estaba enferma. Felisa me necesitaba.

SANDRA: *(dura)* ¿Y por eso dejaste que ocuparan tu lugar? *(informa)* Cuando tomaron el avión de vuelta, dejé de preocuparme. Si a vos a no te importaba *(acusa)* Te habrás sentido mejor cuando papá murió. Ya no tenías necesidad de seguir fingiendo.

CORA: *(débil)* Yo no fingía. Creo que nunca dejé de querer a tu papá. O en todo caso... Habré querido ganar tiempo. Para que tuvieras un padre. Un hogar.

SANDRA. Yo no estaba aquí cuando armaste este cementerio de retratos. *(acusa)* Querías probar que Danny había sido tuyo... que seguía siendolo... *(serena e implacable)* No se puede vivir siempre en la mentira por eso, me pareció bueno que conocieras a este imbécil.

CORA: Lo conocí. Estoy sacando los retratos de tu padre. ¿Qué más querés que haga? *(Y deja que aflore su angustiado amor por Sandra)* ¿Cómo has tenido fuerza para estar tanto tiempo lejos? Yo no hubiera podido. ¿Vas a quedarte? Si no te gusta esta casa, podemos buscar otra, para las dos, si no querés que llevemos a Felisa con nosotras. *(atreviéndose un poco más)* Pero... ¿cómo se te ocurrió traer a ese hombre aquí? Claro... *(asocia, no sin cierta lógica, para encontrar una explicación en la magia de los recuerdos)* Tenías cinco años cuando te escapaste de casa. Un vecino te encontró llorando, perdida. “Tengo que portarme mal para que se acuerden de mí” dijiste cuando te trajeron de vuelta, como si alguna vez yo hubiera podido olvidarme de vos. Vamos a empezar de nuevo, ahora, que ya hemos hablado de todo, que ya no quedan secretos...

Silencio. Cora se entrega a un llanto blando y purificador. Sandra la mira.

SANDRA: *(paciente, casi maternal)* ¿Cómo, que ya no quedan secretos? Me encontré abajo con Berto, y él me contó. Viviste tanto tiempo con papá; es lógico que te atrajeran las mismas cosas que le atraían a él... Yo creo que Berto te está agradecido porque le permitiste probar que todavía puede seducir a alguien. *(indulgente)* Si papá

hubiera podido verte, se habría sentido con más derecho a su libertad. Ahora todos estamos más libres, y vos no tenés necesidad de seguir ocupándote de esos retratos. Nunca les diste demasiado valor, y a mi me va gustar tenerlos. Mañana, cuando no estés, voy a pasar a buscarlos. *(y antes de salir, en una partida que podríamos sospechar será definitiva, con una sonrisita perversa y triunfadora)* Tengo derecho a ellos. Vos sos la viuda de de Daniel, pero yo soy su hija, la hija de Danny, ¿no?. *(Sandra sale y se instala en primer plano observando desde allí el cuadro que ella ha creado, como la verdadera Metteur en scene. Cora, sola, llora silenciosamente. Mira los retratos que quedan sobre la mesa, y en un gesto de impotente, tardía venganza, amaga tirarlos al suelo. No lo hace. Sigue llorando, patética, casi animal, cuando aparece Felisa en camión.)*

FELISA: *(tímida, un poco asustada)* ¿Con quién hablabas? ¿con Sandra? ¿Discutieron? Vení. Vamos a acostarnos. Estás muy cansada, y de noche todo parece más terrible. Mañana va a ser distinto.

CORA: *(incrédula)* ¿Vos crees?

FELISA: *(lugar común)* Todo tiene arreglo. Menos la muerte.

CORA: *(con alienada dulzura)* Es que me parece que estoy muerta. ¡Felisa! Decías que las pesadillas hay que soñarlas hasta el fin. ¿Crees que en algún momento voy a despertarme? Ella quiso matarme, Felisa. A lo mejor no se dio cuenta de lo que hacía, pero lo consiguió porque estoy muerta, Felisa. ¿No te das cuenta, de que estoy muerta?

Felisa apaga las luces. Cora, de pie en medio de la escena, es una estatua trágica. En primer plano, Sandra, perversa, siente que ha cumplido su destino.

FIN de “Esa chica. Electra”

